

Breve reseña biográfica del padre Julio Morales Gómez

Por MONSEÑOR CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES
(a partir de los escritos previos de Esther Diviñó y del
doctor Julián Solórzano)

Siendo presidente de la República su abuelo materno, el mayor general José Miguel Gómez, nació en La Habana, el 10 de febrero de 1912, Julio José Ricardo Guillermo de la Caridad, hijo de Julio Morales Coello y de Manuela Gómez Arias. La referencia terminal a Nuestra Señora de la Caridad en el nombre del recién nacido insinúa el dedo piadoso de la venerada abuela, doña América Arias, esposa de don José Miguel, respetada y querida mucho más allá del marco familiar, benefactora de su pueblo y tenaz difusora de la devoción a Nuestra Señora de la Caridad en la ciudad capital. A su gestión ampliamente secundada, se debió el cambio de titular de la parroquia de Nuestra Señora de la Guadalupe por el que hoy ostenta de Nuestra Señora de la Caridad, el entrañable templo de Salud y Manrique. Donó, asimismo, la imagen de nuestra Patrona que se venera en la parroquia del Santo Ángel Custodio, en la que participó habitualmente doña América Arias durante muchos años.

Julio fue bautizado en la capilla del antiguo Palacio Presidencial, hoy Museo de la Ciudad y sede de las oficinas del Historiador de la misma. Recibió el sacramento iniciático de manos del obispo diocesano, S. E. Rvdma. monseñor Pedro González Estrada y el *sigillum* así impreso en su persona, nunca dejó de ser efectivo, pues –hasta donde estas cosas pueden ser observadas y juzgadas por testigos humanos- su existencia fue un paulatino crecimiento del Don del Espíritu, al que se mantuvo dinámicamente fiel hasta el momento de su muerte. Cursó la enseñanza primaria y el bachillerato en Ciencias y Letras en el Colegio de la Salle de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, en el Vedado, en el que se graduó en el curso 1926-1927. Posteriormente realizó estudios superiores en la Universidad de La Habana, la nacional, la única en nuestro país en aquellos años y en ella obtuvo, en 1937, los títulos de Doctor en Derecho Civil y Doctor en Ciencias Políticas, Sociales y Económicas. Pocos años después aprobó todas las asignaturas correspondientes a la carrera de Filosofía y Letras, pero no alcanzó el Doctorado porque no llegó a presentar su tesis de grado.



En 1938 accedió por concurso-oposición a la cátedra de Profesor Agregado de Derecho Romano en la Universidad de La Habana. En 1943 fue ascendido a Profesor Auxiliar de la misma materia y en 1950 a Profesor Titular, compartiendo la cátedra con ese extraordinario caballero criollo, excelente profesor y finísimo jurista, de un profesionalismo poco frecuente, que fue el fallecido

Ernesto Dihigo. Julio Morales Gómez permaneció en su cátedra en la Escuela de Derecho hasta 1960. Durante los últimos 10 años compartió la enseñanza del Derecho Romano con el cargo de Secretario de la Escuela. Fue muy apreciado por sus alumnos: por la seriedad con la que impartía los cursos, la justeza en sus calificaciones y la disponibilidad a atender siempre, con una excepcional sencillez y bondad evidente, a todos los que se acercaban a él, motivados por problemas académicos o de otra índole.

Los años de permanencia de Julio en la Universidad fueron todos, por una u otra razón, de grandes arremolinamientos estudiantiles y la Escuela de Derecho, naturalmente, era uno de los puntos centrífugos y centrípetos de las inquietudes estudiantiles. Los que fuimos alumnos en alguna etapa de ese largo período de 22 años y, de manera muy especial, en los últimos 10 años, de 1950 a 1960, recordaremos siempre su comprensión, su sensatez y disponibilidad a escuchar y a terciar en situaciones conflictivas. Sus actividades profesoras, todavía como laico, se mantuvieron vigentes, desde 1964, en el Seminario; primero en El Buen Pastor y, a partir del traslado de sede en 1966, en San Carlos y San Ambrosio. El entonces arzobispo, S. E. monseñor Evelio Díaz Cía tuvo la iniciativa de agregarlo al claustro de profesores, junto con el eminente historiador doctor José M. Pérez Cabrera, quien había sido con anterioridad profesor en la Universidad Católica Santo Tomás de Villanueva y Presidente del Movimiento de Intelectuales Católicos enseñó primero Literatura española e hispanoamericana (incluyendo, por supuesto, la cubana) y, después de la muerte del doctor Pérez Cabrera, aceptó impartir también los cursos de Historia: universal, de América, de Cuba y de la Iglesia en Cuba, que habían estado a cargo del doctor Pérez Cabrera.

Al mismo tiempo que se desempeñaba como estudiante primero y como profesional después, Julio Morales Gómez participaba muy activamente en el creciente desarrollo de la vida eclesial católica de los primeros decenios de nuestra historia republicana. El 11 de febrero de 1928 formó parte del grupo fundacional de la Federación de la Juventud Católica, iniciativa relacionada con el hermano Victorino, del Colegio de la Salle, y con el entonces Vicario General de la Arquidiócesis de La Habana, monseñor Manuel Arteaga y Betancourt quien, ya Arzobispo, en 1943, logra la organización de la Acción Católica Cubana en sus cuatro ramas tradicionales. La simiente de las ramas juveniles fue la Federación, de la que ya Julio había sido Presidente desde 1943. Constituida la rama juvenil masculina, Julio fue su primer Presidente. Mientras fue laico, se mantuvo como miembro activo de la Acción Católica. Otra institución católica a la que dedicó sus esfuerzos fue al Centro Católico de Orientación Cinematográfica, o sea, a la filial cubana de la Oficina Católica Internacional de Cine (OCIC), en sus distintas etapas y nomenclaturas.

El doctor Julio Morales Gómez fue miembro en varias ocasiones de la Junta de Gobierno del Colegio de Abogados de La Habana, así como de la Comisión del Seguro del Abogado. *Last, but not least*: Julio fue miembro de la Academia Cubana de la Lengua, correspondiente de la Real Academia Española. Su discurso de ingreso en la misma fue: *Presencia y ausencia de la Virgen en la literatura cubana*. Publicó un libro de poemas: *Tiempo* y numerosos artículos y conferencias, entre ellos descuellan: *La figura femenina en las tragedias de Shakespeare*, *Julián del Casal*, *La novela de la tierra en Hispanoamérica*, *El tipo anímico del poeta reflejado en las formas con que nos presenta la naturaleza: estudio de cuatro poetas cubanos del siglo XIX*, *Paul Bourget y la novela contemporánea*, *Significación de San Agustín*, *La Iglesia ante la Reforma*, *El Padre Varela: sus ideas políticas*, *Influencia de la figura individual en la vida política de Roma*, *María Estuardo*, *Influencia del cristianismo en el Derecho Romano*, *Requisitos de la novación en el Derecho Romano...*

*Julio fue
miembro de la
Academia
Cubana de la
Lengua,
correspondiente
de la Real
Academia
Española.*

Siendo todavía laico, recibió de la Santa Sede la Cruz *Pro Ecclesia et Pontifice* y la Orden de San

Gregorio Magno, en la clase de Caballero. El Gobierno cubano le otorgó, asimismo, la Orden Nacional Carlos Manuel de Céspedes y la Orden Jurídica José A. González Lanuza. A ninguno de sus amigos sorprendió excesivamente su opción por el sacerdocio, ya en una edad adulta, fruto de su reflexión y decisión personal, como respuesta al llamado del Señor, descubierto o, al menos, iluminado por sus conversaciones al respecto con S. E. monseñor Evelio Díaz Cía, a la sazón Arzobispo de La Habana. Nunca fue alumno interno del Seminario; siempre residió en su casa de Almendares, con su padre, el doctor Julio Morales Coello, y -sin dejar de ejercitarse en la docencia en San Carlos y San Ambrosio- estudió concienzudamente las materias requeridas para redondear su formación espiritual e intelectual en orden al sacerdocio. Fue ordenado, en la S. M. Iglesia Catedral de La Habana, por S. E. monseñor Francisco Oves Fernández, ya Arzobispo de La Habana, el 15 de diciembre de 1971. Presidió por primera vez la eucaristía al día siguiente, 16 de diciembre, en la Iglesia Parroquial del Vedado. Debería haber predicado en esa misa el reverendo padre Pastor González, Sch.p., muy amigo de Julio y, como él, vocación tardía y hombre de sabias pedagogías, pero una enfermedad repentina se lo impidió y Julio pidió entonces que lo hiciera yo, que me glorío de haber sido su alumno y a quien Julio, no sin humor, calificaba de su “antiguo alumno y ahora profesor”, porque lo ayudé en los estudios de Sagrada Escritura y, posteriormente, ya siendo Julio sacerdote, porque atendía a sus “consultas” en materia de Liturgia, predicación, consejos de confesor..., terrenos en los que por humildad y sin razón, se sentía inseguro. Sus opiniones, previas a la consulta y a la decisión, eran siempre –a mi entender- acertadas.

Recuerdo que como texto evangélico para aquella primera misa, Julio escogió la parábola de los obreros contratados en diversas horas del día que al final reciben, todos, un denario (Mt. 20, 1-16). Su elección pendía de la identificación de sí mismo con los obreros contratados a la última hora. En mi homilía traté de demostrar que Julio había respondido positivamente desde la primera hora, trabajando efectivamente en la aradura del Señor en la faena que, en cada momento, había solicitado Quien podía hacerlo; con la ventaja sobreañadida de que siendo obrero desde la primera hora de su vida, no se entristecía porque los llegados en la hora undécima recibieron un análogo denario. Julio tuvo un corazón generoso que ni rumió amarguras o rencores, ni conoció la envidia.

Ya sacerdote sirvió como Capellán del Monasterio de Santa Catalina de Siena, en donde no se limitó a la atención de las religiosas dominicas, pues fue, además, un celoso pastor de la comunidad y del barrio. Reunía allí también a un nutrido grupo de estudiantes universitarios y fundó la Cofradía de Santa Catalina. Hasta su muerte fue asesor de la Comisión Arquidiocesana de Apostolado Seglar y miembro de la Comisión Episcopal (nacional).

Murió en el hospital Fajardo el 9 de septiembre de 1979, a los 67 años de edad y ocho de vida sacerdotal; la causa de la muerte fue cáncer prácticamente asintomático hasta pocos días antes del fallecimiento. En él desembocaron sus propios padecimientos estomacales que tanto le molestaron en sus últimos años. Su cadáver fue velado en la capilla del Monasterio y con sentido acompañamiento que me atrevo a calificar de casi multitudinario, fue sepultado en el panteón familiar, en el cementerio de Colón. La oración fúnebre estuvo a cargo del padre Gerardo Moré, viejo amigo de Julito desde los años escolares.

Los que tuvimos el gustoso dolor de participar en sus funerales, recordamos con particular henchimiento el canto del que había sido Himno de la Juventud Católica Cubana, iniciado por el ya también fallecido padre Benigno de la Fuente, párroco entonces de Nuestra Señora de la Caridad. Julio y el hermano Victorino habían sido los autores de ese himno.